

# Semblanzas de la Loli

## Para algunas cosas prestaba mucha atención

### Frente al tocador

La Loli sorprendió a la tía vitula de las Vituasa perdón, era al revés pero las del Nuestra Señora Santa María nunca hacían esas cosas cuando estaba sentada frente al tocador poniéndose la gargantilla con el cuidado ribicazo de brillantitos.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien — aunque no era vitula y además había sido hija única, pero como si la llorabamos de cualquier otro modo siempre había alguien que se hacía un lío y “y esa quita así”, que no caigo —, se advertió a las de Charruca de que siempre que la reconocían así debían entender que era su tía, la hermana mayor de su (difunto) padre —, con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos los pasaba en Saint-Tropez aun a pesar de haberle rogado que se quedase en Cercedilla, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó como tenía un temperamento tan especial) a jugar a la canasta con sus amigos.

Aquel día, ya porque no hace más de un año ya porque faltaron unos minutos para las cinco y cuando que en la hora a la que la tía se levantaba inevitablemente del sillón después de dar una cabezada o pasasen de las seis y diez y la otra vitula ya salido con la crinola que la acompañaba a todos sitios, no era de prever que tuviera que coincidir justo ahí y en ese instante.

Pero ahí estaba: se fijó la una en que con los pendientes largos de pedrería tan vistosa y los labios pintados a juego — porque la Loli **para algunas cosas prestaba mucha atención** a los detalles — con las uñas de los pies calzadas con sandalias de un fleco así montado de azul celeste decorado el borde con florecitas siempre y, la otra, echando ojeadas furtivas a algún lugar cerca de la ventana.

Acercando una su poquito la cabeza por detrás de la cornisa que separaba el vestidor del pequeño gabinete donde se guardaban, en un cajón del escritorio, algunas cosas de escritorio y otras chucherías que una a otra costuraba — no había manera de “quitarse esa costumbre tan mala, cuando qué ni quién se lo impide; que como si quieres hartarte” — a escondidas y, la otra, en el ojalito a su espalda.

— ¿Qué haces ahí? — le preguntó.

— Nada — contestó.

— Te habrás pensado que soy tonta.

— No sé por qué dices eso.

— “No sé, no sé” — dándole un toquecito de “roage” en las mejillas y, tras un profundo suspiro, como si estuviese enormemente cansada —: ¡Si una hablase!

— ¿Y qué necesidad hay de hablar, si tú y yo nos entendemos con un cruce de miradas?

a los detalles, sobre todo en el trabajo, no renunciando jamás y por apurada que estuviese a presentarse impecable y puntual y por más que en no pocas ocasiones fuera requerida en distintos lugares y un mismo instante; que bien podría, a quien más quien menos, parecer imposible el comparecer; pero, ella, con aquella su habilidad tan especial

Llegado a este punto no había lector ni lectora al ni a la que no le temblase la voz; la señorita, entonces, prestando no menos atención a que tampoco a ella le

temblara la suya, se volvía al encerado y, borrando la traducción del latín de algún fragmento de la batalla de Octoduro o alguna ecuación sin ni fijarse si era diferencial o no, decía podéis *cerrar el libro y abrir el cuaderno de*